

## ¿QUE HACER CON LA POBREZA?

Por

Jorge A. Sanguinety

Las estadísticas son alarmantes. De los 4.4 mil millones de habitantes de nuestro planeta, tres quintos carecen de acceso a una sanidad básica, un tercio no tiene agua potable, un cuarto no tiene viviendas adecuadas, un quinto de los niños no llega a quinto grado y un quinto está mal nutrido. El artículo de la Women's Learning Partnership, basado en datos de las Naciones Unidas tiene otras estadísticas impresionantes como que el valor total de las propiedades de las tres personas más ricas del mundo es mayor que el Producto Nacional Bruto sumado de los países menos desarrollados del mundo donde viven 600 millones de seres. ¿Sigo? Que el 20 por ciento de la población del mundo tiene un ingreso total que equivale a ochenta y seis veces (sí, repito, 86) el ingreso total del 20 por ciento más pobre, que la educación básica para todos costaría unos 6 mil millones de dólares mientras que 8 mil millones se gastan en cosméticos sólo en Estados Unidos, 50 mil millones en cigarrillos en Europa, 400 mil millones en narcóticos y 780 mil millones en los militares.

Aunque las cifras puedan ser discutibles, el hecho es que efectivamente el mundo sufre de desigualdades dramáticas en la distribución del ingreso y de la riqueza, no sólo entre países sino también entre las regiones y las personas de un mismo país, incluso los más ricos. Este es un tema que ha ocupado la atención de muchos investigadores por siglos, especialmente desde la fundación de la economía como disciplina científica en el siglo XVIII. Los investigadores, sin embargo, se han concentrado en explicar el fenómeno y en estudiar o proponer soluciones, mientras que los políticos y otros, aficionados a la política, se han concentrado sólo en las soluciones. O peor, algunos políticos se han especializado en explotar el problema con planes que simulan una preocupación por la pobreza para perseguir objetivos inconfesables en agendas que guardan ocultas.

En realidad es muy tentador pensar que las grandes desigualdades pueden resolverse transfiriendo riqueza de los más ricos a los más pobres. Si efectivamente se pudiese resolver el problema educativo del mundo transfiriendo sólo unos seis mil millones de dólares (me temo que la cifra es mucho mayor, pero el argumento no cambia) a los países que los necesitan, yo apostaría que las tres personas más ricas del mundo lo harían con placer. Al fin y al cabo esa suma sería una fracción de su riqueza y nadie es tan extremadamente egoísta como para negar ayuda a los niños necesitados cuando hay una gran certeza de que la transferencia resolvería el problema para siempre.

Sin embargo, la economía es contra intuitiva y por lo tanto capciosa. Está llena de trampas donde caen fácilmente los que no están preparados para analizar los fenómenos con un ojo facultativo. Esto a su vez hace que los políticos inescrupulosos se aprovechen de los ciudadanos incautos para conducirlos por los caminos que a los primeros les conviene y que los segundos detestarán cuando sea demasiado tarde. Con gran frecuencia, las soluciones que se intuyen no sólo son falsas sino que llegan a empeorar el problema.

Lo primero que hay que comprender en las cifras sobre desigualdad de ingreso y riqueza es que las mismas no sólo indican posesión sino también capacidad productiva. La posesión puede transferirse, pero la capacidad productiva no. Cuando un gobierno tiene el poder de transferir la posesión de la riqueza de los más ricos a los más pobres, puede que en el muy corto plazo la pobreza se alivie marginalmente (nunca es

tanta la transferencia necesaria para resolver todas las necesidades de tanta gente), pero se destruye o se daña severamente la capacidad productiva. Este espejismo económico lo vimos en Cuba, prolongado gracias a las transferencias que el país recibía de la Unión Soviética cuando existía y ahora vemos las consecuencias.

Pero si las transferencias no son la solución a las desigualdades tan profundas, a tanta pobreza, ¿cuál es? ¿Qué debemos hacer? Antes de aproximarnos a las posibles soluciones examinemos brevemente algunas de las causas de la pobreza. Primero que nada hay que comprender que no hay una causa única de la pobreza. Generalmente se combinan muchos factores para determinar que un país dado o un cierto número de personas en un país sean pobres. Las investigaciones que se han hecho (ojo lector/a, no me refiero a observaciones casuales, como las de los turistas) indican que entre los factores más importantes que determinan la pobreza están los siguientes: a) insuficiencias educativas, b) gobiernos ineptos o corruptos, c) falta de libertades individuales, d) carencia de derechos de propiedad y e) mala administración de justicia.

Por lo tanto, las soluciones están en los países mismos, en sus gobiernos y en sus ciudadanos. Sin que ambos adopten las medidas y las conductas necesarias para atacar de frente a los factores arriba mencionados, poco se puede hacer para aliviar la pobreza. La experiencia demuestra, especialmente en los últimos cincuenta años, que las simples transferencias de los ricos a los pobres no constituyen la solución esperada. El mundo es más complejo de lo que queremos creer.

Arlington, Virginia, 16 de agosto de 2004.